

LAS GAFAS DEL SEÑOR GORON



10
CTVS.

COLECCION "MARUJITA" N° 54

Las gafas del

señor Gorón



118X162

PRINTED IN ARGENTINA



LAS GAFAS DEL SEÑOR GORÓN

Miguel estaba sentado a la mesa de la cocina y ocupado en quitar la vaina de los guisantes para ayudar a la cocinera, cuando oyó una suave llamada en la puerta. La cocinera se había ausentado para ir en busca de algo, de modo que el niño fué a ver quién era.

Abrió la puerta y vió una vieja muy rara. Llevaba un chal de color amarillo, un sombrero negro, puntiagudo, y una falda roja. Era muy pequeña, apenas más alta que Miguel y llevaba un cesto en el brazo.

—Buenos días, niño—dijo con voz cascada.—¿Quieres darme un poco de pan y queso? Estoy fatigada y hambrienta.

—¡Claro que sí!—contestó el bondadoso Miguel, dirigiéndose a la despensa. Encontró media tarta de manzanas y fué a ponerla delante de la vieja.

—Pruebe usted eso—le dijo.—Estoy seguro de que le gustará.

La vieja miró la tarta con cierta codicia y luego volvió



MIGUEL FUÉ A LA DESPENSA

los ojos a Miguel. Metió la mano en el cesto y sacó unas gafas muy viejas, extrañas y dobladas.

—Gracias—dijo.—Toma estas gafas, que te parecerán muy divertidas.

Miguel las tomó, preguntándose qué podría hacer con aquel extraño regalo.

—Puede usted ir, si quiere, a sentarse en el invernáculo, a comerse la tarta—dijo a la anciana.—Luego deje allí la fuente. Yo cuidaré de recogerla.

La vieja se dirigió, cojeando, hacia el invernáculo y Miguel cerró la puerta. Entonces volvió la cocinera y preguntó quién había llamado.

—Una pobre vieja que estaba hambrienta—dijo el niño.—Le he dado la tarta de manzanas que había en la despensa.

—¡Dios mío!—exclamó la cocinera.—¡Si la tenía reservada como postre de la comida! ¿Por qué no me consultaste? Pero, ¿dónde está esa vieja?

—En el invernáculo—contestó Miguel.—Haga usted el favor de no tratarla mal, porque la culpa es mía. Ella no hizo más que pedir pan y queso.

Pero la cocinera salió corriendo hacia el invernáculo. Miguel la siguió y entonces pudo ver una cosa muy rara. La vieja estaba ocupada en comer la tarta, pero, al ver a la cocinera, se puso en pie, golpeó el suelo con el bastón y, en el acto, desapareció, juntamente con la tarta y la fuente.

—¿Dónde demonio se ha metido?—exclamó la cocinera.

—Quizás era una bruja—contestó Miguel muy excitado.

—Ha desaparecido de un modo muy raro—observó la cocinera—y puedo asegurarte que no me gusta ver que una vieja desaparezca así.

La cocinera regresó muy trastornada a la cocina, y Miguel se quedó en el jardín, pensando si sería realmente una bruja. De pronto recordó las gafas que le había regalado y, sacándolas de su bolsillo, las examinó.

—Voy a ponérmelas—pensó.

Así lo hizo y, en el acto, pudo ver que el jardín estaba lleno de duendecillos, elfos y hadas. ¡Era asombroso!

—¡Dios mío!—exclamó Miguel para sí.—No sospechaba siquiera que hubiese tantas hadas en el jardín. Nunca había visto una sola. Con toda seguridad, estas gafas son mágicas. Voy a quitármelas para darme cuenta de si continúo viendo a esa gentecilla.

En efecto, así lo hizo, pero no pudo ver a ninguno de aquellos seres extraordinarios.

—Es maravilloso—exclamó Miguel, entusiasmado.—
¡Oh, cuánto voy a divertirme!

Durante todo el día se paseó por el jardín, llevando las gafas mágicas. Pudo observar los trabajos y los juegos de todas aquellas personitas, que, por su parte, no le hacían ningún caso, persuadidas de que él no las veía.

Por fin, Miguel decidió dirigirles la palabra. Descubrió a un grupo de gnomos y duendecillos que merendaban al pie de una mata y él sintió el deseo de reunirse con ellos y probar los pasteles que comían.

—¡Hola, amigos!—dijo sentándose cerca de ellos.—
¿Me invitáis a merendar?

Todos lo miraron, muy sorprendidos, y luego dieron un salto a causa de la alarma que sintieron.

—¿Puedes vernos?—preguntó un gnomo.

—¡Oh, sí!—contestó Miguel.

—Eso es muy raro—dijo el gnomo mirándolo.—Los niños ya no pueden vernos ahora, de modo que no me explico que tú te halles en distinto caso.

—Se debe a estas gafas—contestó Miguel sonriendo.—Os veo muy bien cuando las llevo puestas, pero si me las quito ya no veo nada. Sin duda son mágicas.

Entonces, aquella gentecilla empezó a hablar con la mayor animación, muy excitados y coléricos al parecer. Por último, el gnomo, dirigiéndose a Miguel, le dijo severamente:

—Esas gafas son del señor Gorón y tú se las habrás robado.

—No, señor. Esta mañana me las ha regalado una vieja.

—No te creemos—contestó el viejo.—Dánoslas inmediatamente.

—¡No quiero!—contestó el niño, haciendo un esfuerzo por echar a correr, pero observó que no podía menear las piernas.

—Es inútil intentar la fuga, cuando nosotros no queremos—exclamó el gnomo.—Ahora te llevaremos a presencia del señor Gorón y le diremos que hemos cogido al ladrón que le robó sus gafas mágicas. Pero, ante todo, te haremos pequeño, como nosotros mismos, y así nos acompañarás.

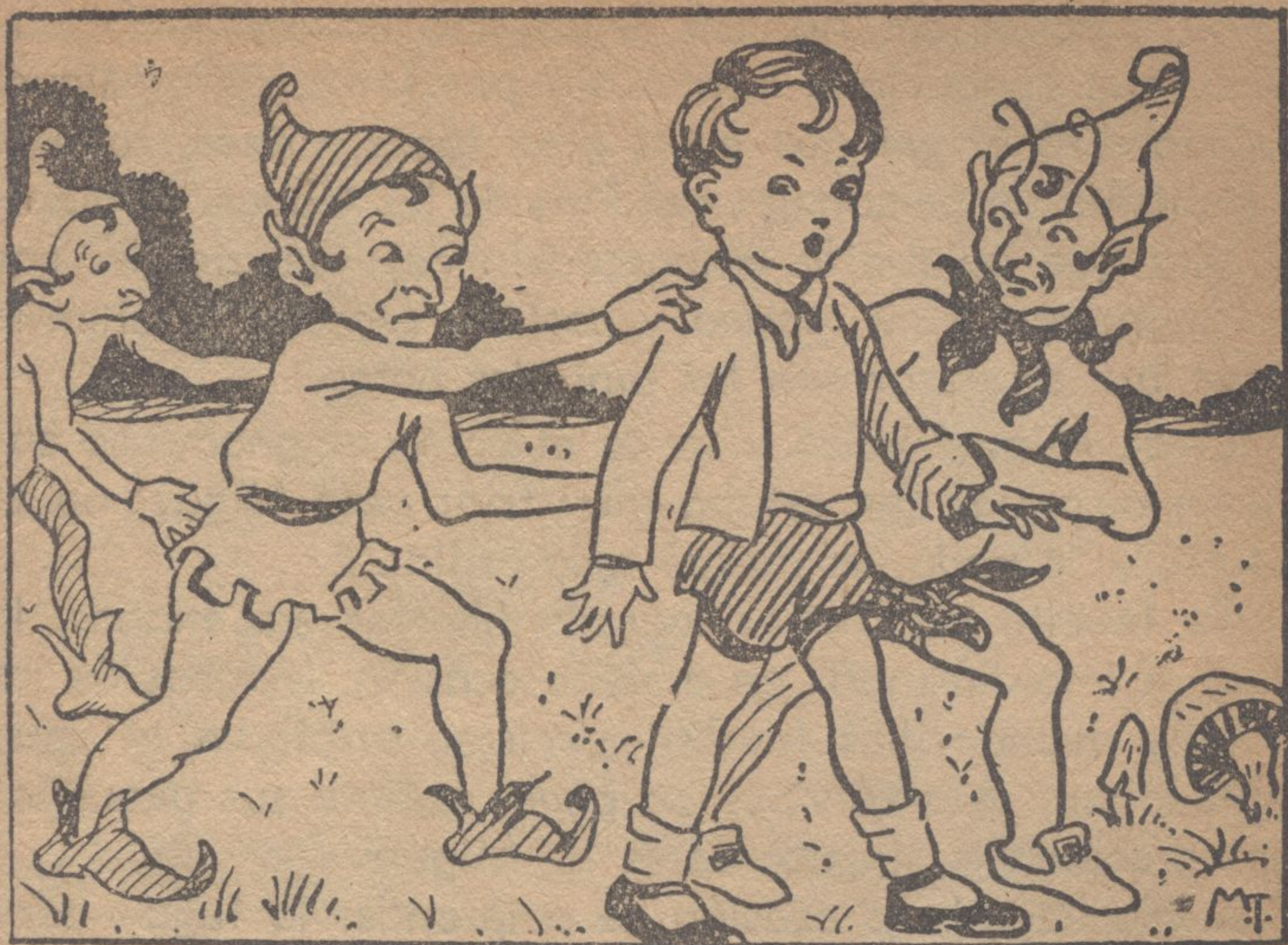
Dichas estas palabras, todos ellos empezaron a entonar una extraña letanía y el niño se sintió disminuir de tamaño. Por último fué ya tan pequeño como el gnomo. Las hadas los rodearon y el gnomo le ató las manos a la espalda.

—¿Qué vais a hacer conmigo? — preguntó Miguel, asustado.—He dicho la verdad, señor gnomo. Me las ha regalado la vieja.

—Veo que, además de ladrón, eres embustero—observó el gnomo.

Miguel se calló y, mientras tanto, ellos lo llevaron a un lugar en que crecían algunas setas tan altas como él mismo, puesto que su estatura había disminuído enormemente. El gnomo le obligó a sentarse en una de las setas y le recomendó que se sostuviese muy bien en ella, porque iban a emprender un viaje por el interior de la tierra.

Miguel dió un grito al ver que su seta se hundía en el suelo. Los demás se hundieron como él y dos minutos después llegaron a una enorme cueva iluminada por numerosas linternas. Las hadas abandonaron sus respectivas



POR FIN, MIGUEL DISMINUYÓ DE TAMAÑO HASTA PARECERSE AL GNOMO.

setas y el gnomo agarró a Miguel por el brazo.

—Ven—le dijo.—Hemos de tomar el barco subterráneo, que va hacia el País de los Sueños.

Echaron a correr por un pasillo tortuoso y así llegaron a un río donde había unos botes de color, cada uno de ellos suficiente para dos personas.

El gnomo hizo subir a Miguel a uno de ellos, se embarcó a su vez y los demás los imitaron.

Miguel deseó no haber tenido atadas las manos. Pero, haciendo esfuerzos, pudo al fin soltar una de ellas, bien resuelto a aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para emprender la fuga. De pronto, desde la

parte superior del río, vió llegar una enorme embarcación, que conducía a numerosos pasajeros, pero Miguel se asombró al ver que éstos eran topos, erizos, ratones y multitud de personajes del País de las Hadas. El duendecillo que guiaba la embarcación dejó de atender por un momento a su mando y casi en seguida la enorme nave fué a chocar con los pintados botes.

El de Miguel volcó y tanto él como el gnomo se cayeron al agua, que estaba muy fría; pero Miguel no se asustó y, a nado, se dirigió a la orilla.

Se felicitó por haber logrado libertar sus manos, lo cual le impidió morir en aquella ocasión. Muchos de los elfos y duendecillos fueron asimismo arrojados al agua y nadaban, esforzándose en poner a flote sus pequeñas embarcaciones, sin acordarse de Miguel.

—Ha llegado la ocasión de emprender la fuga—pensó éste.

Se subió a la orilla, y, sin que nadie lo viese, echó a correr por un sendero paralelo al río. Aquella corriente subterránea estaba alumbrada en todo su curso por una serie de faroles japoneses. Y el niño se fijó en que había un estrecho paso cortado en el mismo muro de granito, que también atravesaba el río.

—Espero que no volveremos a vernos nunca más—pensó.—Por lo menos parece que no se ha dado cuenta de mi fuga.

Mas, por desgracia para él, el gnomo le vió caer al agua y echarse a nadar y lo llamó a gritos, avisando al mismo tiempo a los demás.

En el acto, todos se dirigieron a la senda paralela al río, en persecución de Miguel. El niño continuó la carrera y, al fin, llegó a un lugar en donde había un bote ama-



—¡QUÉ LUGAR TAN MARAVILLOSO!—PENSÓ
EL NIÑO.

rrado a un poste. Desató la cuerda y embarcó. En el acto, el bote fué cogido por la rápida corriente y empezó a navegar con tal celeridad, que sus perseguidores se quedaron muy atrás.

De pronto, el río desembocó al aire libre y Miguel miró, asombrado, a su alrededor. Sin duda aquel debía de ser el País de los Sueños.

—¡Qué lugar tan maravilloso!—exclamó el niño.—Aquí no hay más que castillos y palacios.

Así era, en efecto. Adonde quiera que mirase, no podía ver más que hermosos palacios, provistos de numerosas y brillantes ventanas. En todas las colinas se veía un castillo y en cuanto a los valles estaban ocupados

por multitud de casitas de pueblo. Miguel estaba entusiasmado a más no poder.

Deseó que aquel gnomo no volviese a encontrarlo. Estaba muy enojado con él, porque le había acusado del robo de aquellas gafas maravillosas.

Llevó la mano al bolsillo y pudo notar que las gafas aún estaban allí. Es decir, donde las dejara antes de que lo atasen.

—Mejor será que desembarque para explorar ese terreno—pensó.—¡Cuántas cosas tendré que contar a mamá cuando vuelva a mi casa!

Aproximó el bote a tierra y desembarcó. Atravesó un campo y llegó a una ancha carretera, a cada uno de cuyos lados se veían numerosas matas de flores silvestres. En la carretera había mucho tráfico y Miguel miraba entusiasmado. Pasaban por su lado unos vehículos muy pequeños, arrastrados por conejos. También vió unos automóviles en forma de cisnes y de palomas, y unos alegres geniecillos y gnomos pasaban en trineos de vela, como uno que Miguel tenía en su casa.

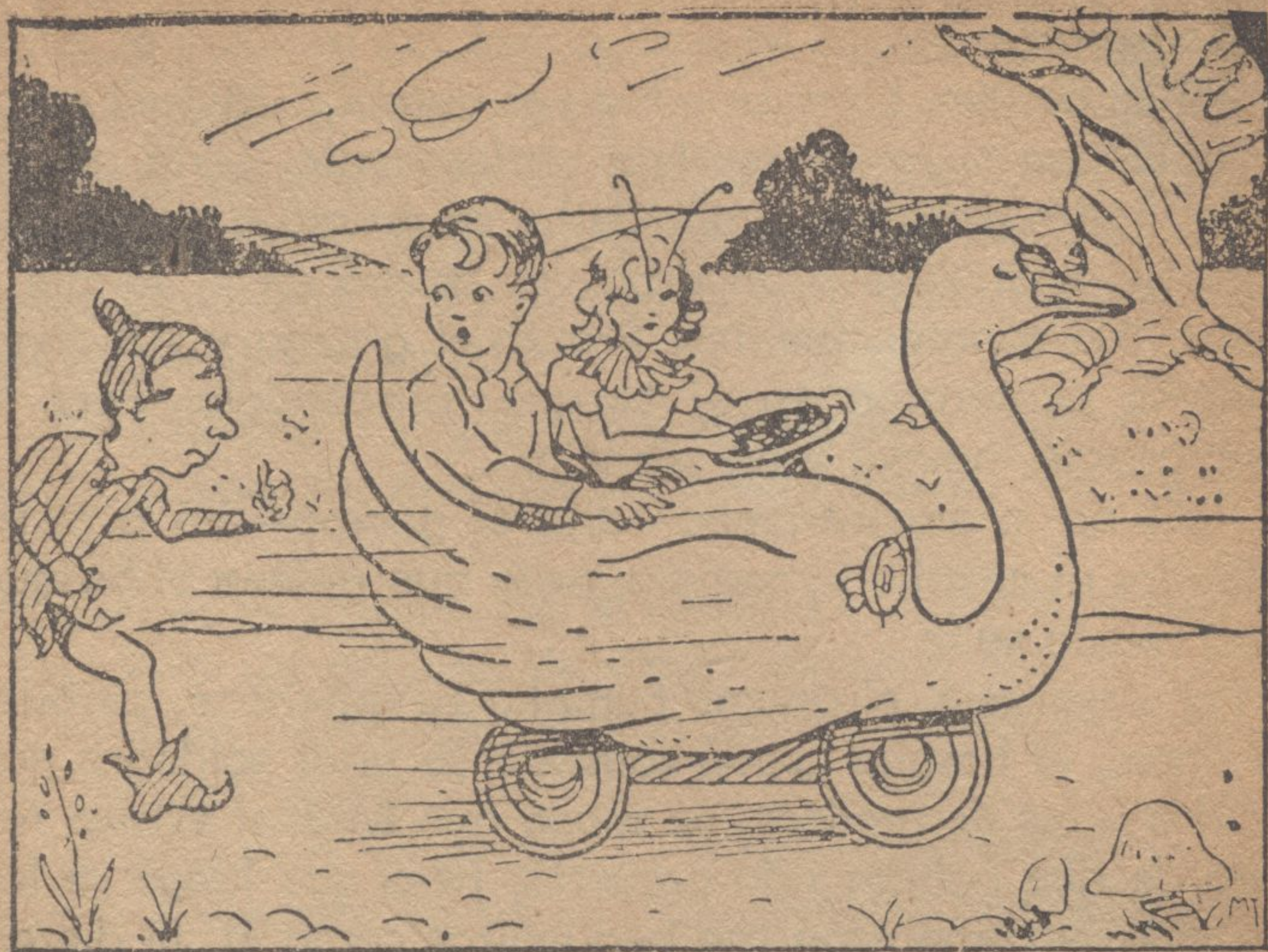
—¿Quieres que te lleve un rato?—le preguntó un lindo elfo, parando su automóvil al lado del niño. El vehículo tenía forma de cisne y a Miguel le habría gustado mucho subir a él. De pronto oyó gritos a su espalda y, aterrado, se volvió.

Eran el gnomo y sus compañeros, que se acercaban corriendo. Lo habían descubierto y, gritando cuanto podían, exclamaban:

—¡Cogedlo! ¡Al ladrón!

—Me gustará mucho que me lleves. Gracias—dijo Miguel subiendo al automóvil.

El vehículo echó a correr y el niño miró a su espalda;



MIGUEL MIRÓ HACIA ATRÁS Y VIÓ AL GNOMO QUE LE AMENAZABA.

vió que el gnomo lo amenazaba con el puño y, como en aquel momento pasara un enorme autobús, guiado por un conejo, el gnomo y sus compañeros subieron a él. Entonces empezó una verdadera carrera.

El automóvil del elfo corría mucho, pero el autobús no se quedaba atrás.

El elfo ignoraba que Miguel era perseguido, de modo que no corría todo lo que habría podido y Miguel no recomendó ir más de prisa, para no provocar sus preguntas.

El autobús se acercaba por momentos y el gnomo que iba en la imperial gritaba con toda su alma.

—¿Por qué grita?—preguntó, de pronto, el elfo.—

Valdrá más que me pare, a fin de averiguarlo.

Con gran susto de Miguel, aplicó los frenos y el automóvil se detuvo. Lo mismo hizo el autobús. Miguel comprendió que si no se resolvía rápidamente, sería alcanzado. Saltó, pues, del automóvil y se dirigió a un bosque inmediato. Subióse a un árbol, se ocultó en el follaje y esperó los acontecimientos. Pronto el gnomo y sus compañeros penetraron en el bosque, buscándolo. Pero él permaneció inmóvil y en silencio.

—Si no lo encontramos—dijo el gnomo—iré a pedir soldados al castillo inmediato, para que rodeen el bosque y no pueda salir.

Por desgracia, el gnomo cumplió su amenaza, porque, en breve, el bosque quedó rodeado de unos soldados parecidos a los de madera, de modo que Miguel estuvo seguro de que habían sido juguetes, pero que luego se les dió vida, y como eran tan pequeñitos como él, le dieron miedo.

—¿Cómo podré escapar ahora?—se preguntó.

De pronto oyó un ruido entre las hojas, por encima de su cabeza y, levantando la mirada, vió a un petirrojo que lo miraba sorprendido y que, inmediatamente, le preguntó qué hacía allí.

Miguel le respondió que se había ocultado, para que no lo hallasen los soldados y el petirrojo, después de pensarlo un momento, ofreció al niño sacarlo del bosque montado sobre su espalda.

Como ya se comprende, Miguel se apresuró a aceptar muy alegre. Subió a la suave espalda del petirrojo y en un momento se vió en el aire. Los soldados, sin embargo, lo descubrieron y comunicaron la noticia al gnomo que, pateando de rabia, lo amenazó con el puño.

—Ahora vamos a un jardín en donde podré encon-

trar migas —dijo el petirrojo.—Vive en la casa un viejo muy bondadoso, que quizá te ayudará si se convence de que no has hecho nada malo.

—Nada en absoluto—le aseguró Miguel.

El petirrojo voló durante algunos minutos hacia el Este y luego descendió a un jardincito muy lindo. Miguel se apoderó y le dió las gracias.

—Ve a llamar a la puerta de esa casita y ruega al anciano que vive en ella que te preste auxilio—aconsejó el pájaro.

Miguel echó a andar por el sendero y llamó a la puerta. La abrió un anciano de alegre aspecto, ojos brillantes y boca sonriente. Llevaba un sombrero amarillo adornado por una pluma.

—¿Qué puedo hacer por ti, niño?—preguntó.

—Me encuentro en un apuro—contestó Miguel—y el petirrojo me ha asegurado que usted podría sacarme de él.

—Entra, entra—dijo el viejo.—Precisamente estaba haciendo chocolate y lo tomarás conmigo.

Miguel entró en la casita, que estaba llena de objetos rarísimos, como barcos pequeños de madera, cuadros hechos con conchas marinas y numerosos animalitos de porcelana. Ardía un buen fuego en el hogar y el anciano ofreció una silla a su amiguito. Luego le dió una taza de chocolate y bizcochos, y le preguntó qué le ocurría.

Miguel le explicó detalladamente la historia, sin olvidar el menor incidente, y en cuanto hubo terminado, el anciano le dijo:

—Déjame ver esas gafas.

Miguel se las entregó y el anciano las limpió y se las puso.

En aquel momento se oyó ruido de pies que llegaban por el sendero y Miguel, muy asustado, vió que eran el gnomo y todos sus compañeros.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Otra vez ese gnomo! Hágame el favor, ¿dónde puedo esconderme? Si no me ayuda usted, me llevarán a casa del señor Gorón y no sé qué será de mí entonces.

Pero en vez de ocultar a Miguel, el anciano abrió la puerta y dejó entrar al gnomo y a sus amigos. Y al ver a Miguel, todos lo señalaron con el dedo y gritaron a coro:

—¡Ese es el ladrón!

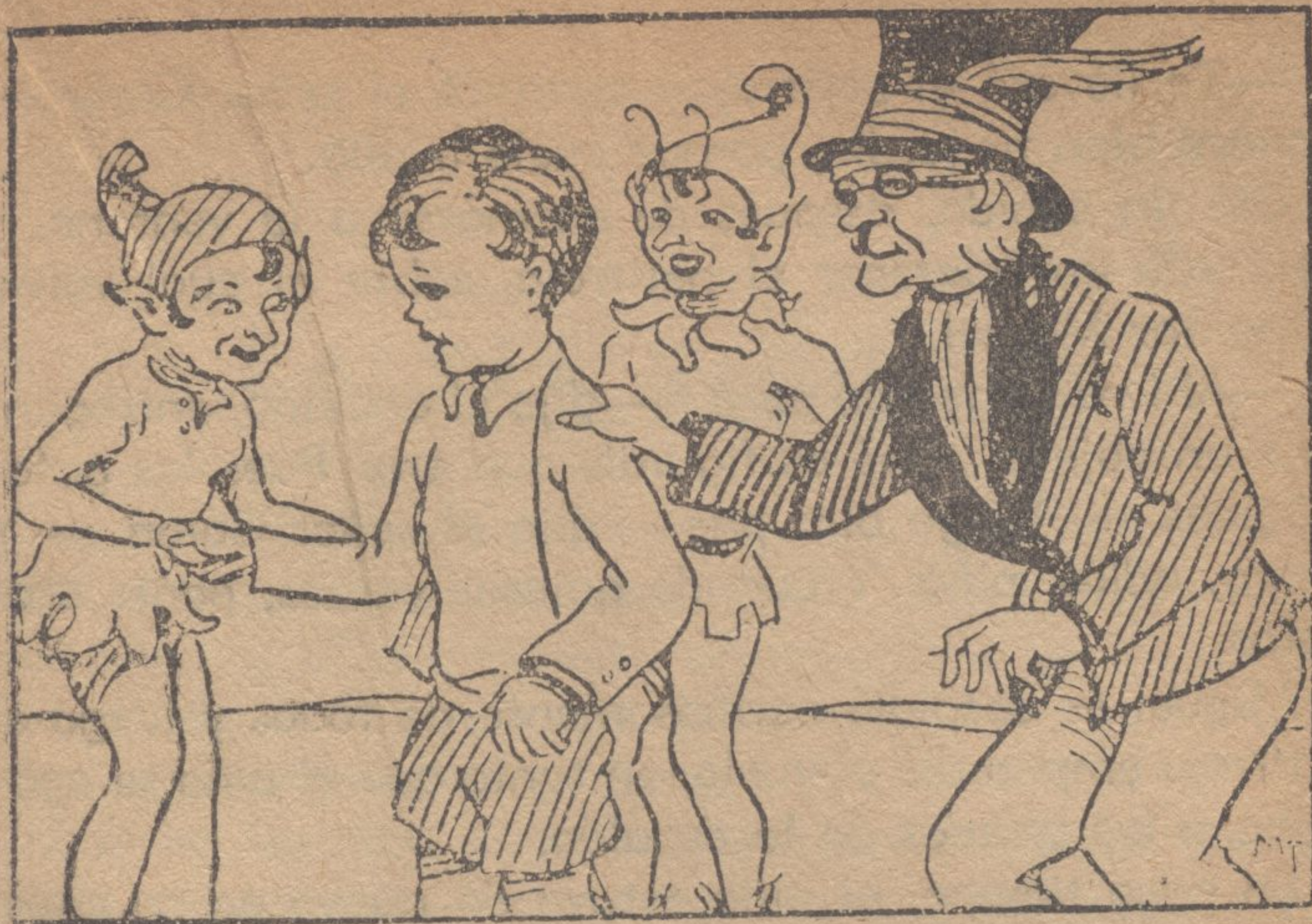
Miguel corrió a esconderse debajo de la mesa pero el viejo lo agarró por el brazo y luego, volviéndose hacia el gnomo, preguntó qué quería.

—El caso es, señor Gorón, que hemos venido a informarle de que el niño llevaba sus gafas mágicas—contestó el gnomo.—Estábamos enterados de que alguien se las robó a usted, de modo que nos apoderamos de ese niño para traérselo, pero se nos ha escapado varias veces, aunque ya ahora vemos que está en su casa. ¿Cómo se ha apoderado usted de él? ¿Quién lo ha traído? ¿Va usted a castigarlo?

—Vino por su propia voluntad—contestó el señor Gorón,—y no pienso en castigarlo, porque me ha devuelto mis gafas. Mirad, las llevo puestas.

El gnomo y sus amigos se quedaron muy asombrados, y Miguel no se atrevía a creer lo que estaba viendo. Resultaba, pues, que aquel alegre y bondadoso anciano era el mismo señor Gorón. ¡Qué casualidad tan extraordinaria!

—Y además—añadió el señor Gorón, sonriendo:—Ya



—DISPÉNSAME POR NO HABERTE CREÍDO—DIJO
EL GNOMO.

sé quién me robó las gafas. Fué la tía Astuta. Fué a pedir limosna a la puerta de la cocina de la casa de este niño y, después de recibir una tarta de manzanas le regaló las gafas.

El gnomo se sonrojó, mirando a Miguel y luego se acercó al niño y le ofreció la mano, diciéndole:

—Te ruego me perdonen por no haberte creído. Dispénsame.

—Dispénsanos también a nosotros—añadieron sus compañeros, acercándose a Miguel para estrechar su mano.

—No vale la pena—contestó el niño.—Y ahora que ha terminado todo, debo confesar que la aventura me ha resultado agradable. Pero quisiera volver a mi casa, porque mi madre debe de estar asustada por mi ausencia.

—Te llevará el petirrojo—contestó el señor Gorón.—
Conoce bien tu jardín, porque suele ir allá.

Dió un silbido, después de asomarse a la ventana, y no tardó en aparecer el petirrojo, sobre el cual volvió a montar Miguel.

—Ahí va un regalo para ti—dijo el anciano, entregándole un objeto. ¿Qué os figuráis que era? Pues las gafas mágicas. — Tengo otro par — dijo el señor Gorón. — Y ahora, adiós, niño. Y cuando quieras vernos, ponte esas gafas.

Miguel se despidió cariñosamente de todos y luego el petirrojo emprendió el vuelo, en tanto que el niño se agarraba a las plumas de la espalda.

En poco tiempo, el niño estuvo de nuevo en su casa. En cuanto tocó el suelo, recobró en el acto su estatura normal y en cambio el petirrojo continuó con la suya propia. Miguel dió las gracias y luego echó a correr, con objeto de referir a su madre las aventuras que había corrido.

—Y como prueba, ahí están las gafas—dijo al terminar.—Mira con ellas, mamá.

Así lo hizo su madre y se quedó asombradísima al ver la multitud de gnomos, duendecillos y elfos que la rodeaban. Miguel conservó cuidadosamente el regalo del señor Gorón y todavía, de vez en cuando, se entretiene poniéndose aquellas gafas maravillosas.

LA TÍA SIDONIA

La tía Sidonia era una mujer vieja, que vivía en una casa en el pueblo de Polinera. Vivía cómodamente; pero sólo una vez al año tenía su armario lleno de cosas buenas: el día 5 de enero, porque entonces era su cumpleaños y también el de su perro.

Este se llamaba Saltarín y era un excelente animal. Tenía escasa corpulencia, pero ladraba con gran vigor. Y le gustaba mucho que llegase su cumpleaños, porque la tía Sidonia le daba un gran hueso rodeado de carne y, además, unos pasteles de chocolate y seis bizcochos azucarados.

Media docena de veces por año, el perro preguntaba a su ama si había llegado ya el día de su cumpleaños. Y cuando por fin, pasada la Navidad, la buena mujer le contestaba que ya estaba cerca, Saltarín empezaba a saltar de alegría.

La noche anterior al fausto día, la tía Sidonia habló al perro, que, al parecer, estaba muy asustado.

—Esta noche habrás de dormir ante la puerta—le dijo. —Me he enterado de que ronda por ahí una cuadrilla de malvados duendecillos, que entran en las casas a robar. Pero si tú te pasas la noche sobre la esterilla de la puerta, nadie podrá entrar.

Saltarín prometió obedecerla; pero, llegada la noche, le dió miedo el frío y se quedó a dormir delante del hogar.

El calor le hizo cerrar los ojos muy en breve y allí se pasó la noche, roncando como su ama.

No oyó cómo abrían la puerta principal ni vió tampoco los brillantes ojos de los duendecillos ladrones, que se acercaron a robar el contenido del armario.

Despertó temprano al oír que su ama se vestía ya. Salió de la casa y se tendió en la esterilla de la puerta exterior, como si hubiese pasado allí la noche.

—¡Pobre Saltarín!—dijo su ama.—¡Qué frío habrás pasado! ¡Y qué hambre tendrás, pobrecito! ¿Has oído a los ladrones?

—No—contestó Saltarín.—Me parece que todo eso debe de ser un cuento, tía Sidonia. Por aquí no han venido, porque, de lo contrario, yo habría empezado a ladrar.

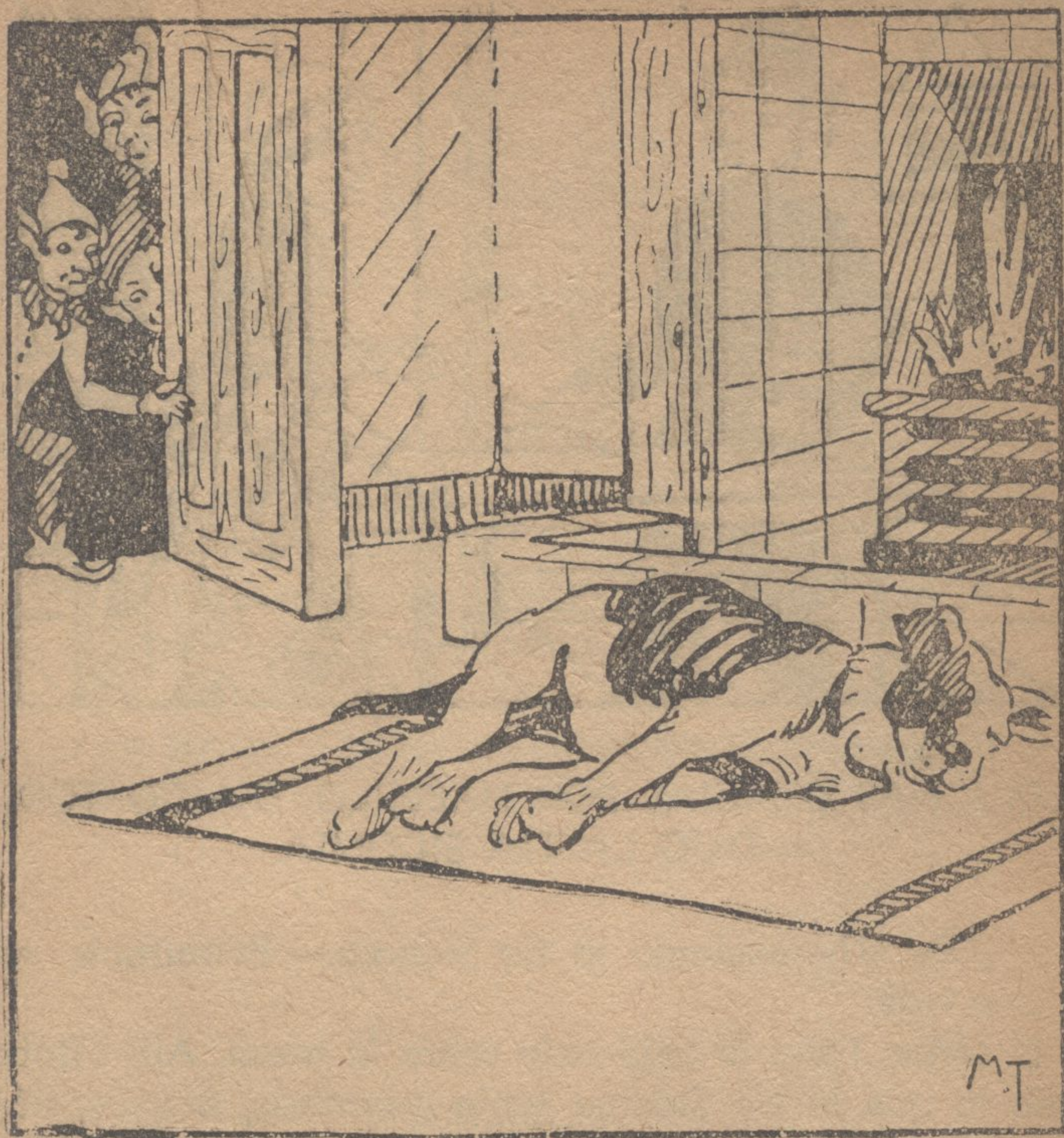
—Bueno, muchas felicidades—le dijo la tía Sidonia acariciándolo.—Hoy es nuestro cumpleaños y como has sido buen perro, te daré un hueso con mucha carne, que ayer te compré.

Se dirigió al armario para sacar el hueso y el perro la siguió hambriento. Pero, al llegar allí, ambos vieron que el armario estaba vacío.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está lo que yo guardaba? ¿Dónde están el hueso y los pasteles? ¡Ah, malo! Sin duda te los has comido tú durante la noche.

—No es verdad—contestó el perro.—Yo no sé nada de eso.

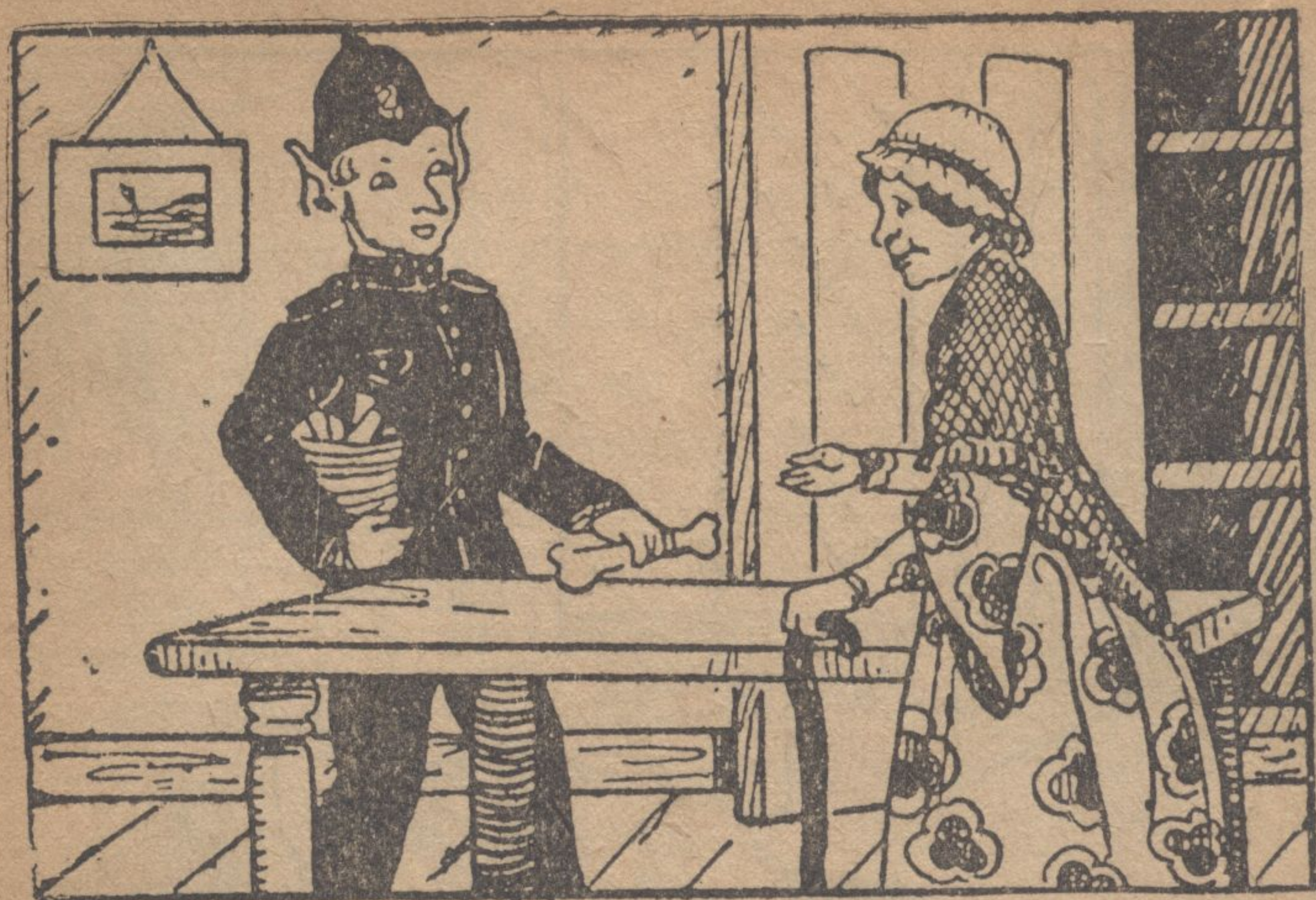
—Pues si has dormido toda la noche en la esterilla exterior, los duendecillos no han podido robarlo. Y, por lo tanto, he de suponer que te lo has comido todo. Estoy avergonzada de tu conducta.



SALTARÍN NO OYÓ ENTRAR A LOS LADRONES

En aquel momento alguien llamó a la puerta. Era el señor Tolín, agente de policía del pueblo.

—¿Está usted aquí, tía Sidonia?—preguntó.—Hemos prendido a los duendecillos ladrones, que iban cargados de buenas cosas que comer. ¿Le falta a usted algo?



—MUCHAS GRACIAS POR HABERLO TRAÍDO TODO
—DIJO LA TÍA SIDONIA.

—¡Oh, sí!—exclamó la tía Sidonia.—Permítame ver lo que trae.

El señor Tolín lo dejó todo sobre la mesa. Allí estaba todo lo que la tía Sidonia tenía guardado, a excepción de los pasteles de chocolate, que los ladrones se habían comido.

—Muchas gracias por su bondad, señor Tolín—contestó la tía Sidonia.—Le ruego que acepte estos bizcochos azucarados, en pago de su molestia.

—Muchas gracias—contestó el policía.—Quizá querrá usted darme ese hueso para mi perro Leal, porque él fué quien descubrió a los ladrones.

La tía Sidonia consintió de buena gana y cuando el po-

licía se hubo marchado, ella se volvió al perro, preguntándole severamente:

—¿Has dormido en la esterilla exterior?

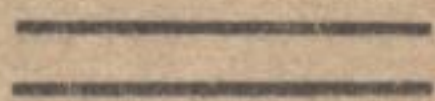
Saltarín le confesó su culpa y dijo, además, que, sin duda, los duendecillos lo robaron todo mientras él estaba dormido ante el fuego.

—Pues ya ves cómo ha desaparecido todo lo que tenía guardado. Vete, pues, a la perrera y quédate sin ningún regalo.

Durante una gran parte del día, el perro permaneció en la perrera, muy triste y cariacontecido. Pero, a la hora de merendar, su ama fué a darle un pedazo de pastel.

—No lo mereces—dijo.—Pero si me prometes no desobedecer nunca más, te perdonaré.

Saltarín se lo prometió, se comió muy satisfecho el pedazo de pastel y desde entonces siguió una conducta intachable.



LA HERMOSA SOMBRILLA DEL

REMENDÓN

Un día de mucho calor, Margarita paseaba por el sendero del trigal empujando el cochecillo de su muñeca Josefina. De pronto la niña se detuvo y miró a uno de sus pies.

—Algo me hace daño—murmuró.—Quizá se me ha metido una piedrecilla dentro del zapato.

Se sentó al lado del camino, se descalzó, pero al agitar el zapato no cayó nada; en cambio encontró la punta de un clavo, que asomaba por encima de la plantilla.

La niña se quedó muy apurada, recordando que estaba a gran distancia de su casa y diciéndose que no podría seguir andando de aquella manera. Tomó una piedra y trató de aplastar la punta del clavo; pero no lo consiguió y cuando más apurada estaba, oyó una vocecita que le preguntó qué le ocurría.

La niña miró a su alrededor y vió a un hombrecillo de extrañísimo aspecto. Llevaba una barba muy larga y un gorro y unos zapatos puntiagudos. Cubría su traje con un delantal de cuero y empuñaba una brillante herramienta.

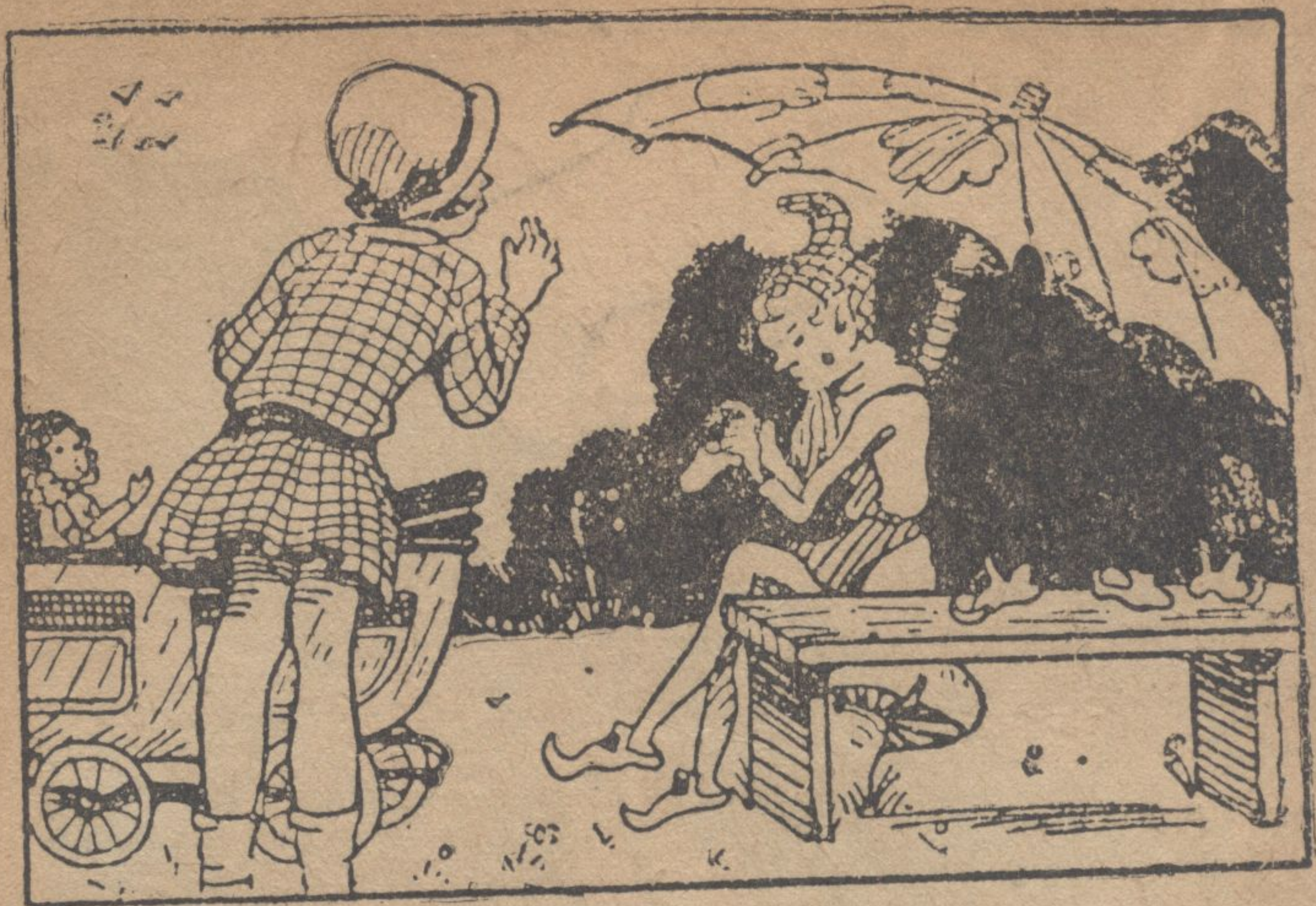


MARGARITA MIRÓ SORPRENDIDA Y VIÓ A UN HOMBRECILLO DE ASPECTO MUY RARO.

—Tengo un clavo en el zapato—le dijo la niña.—Y no sé cómo podré volver a casa.

—Pues has tenido mucha suerte en detenerte ahí—le contestó, sonriendo, el hombrecillo,—porque éste, precisamente, es mi taller de zapatero.

Margarita miró al lugar que él le indicaba y vió, en efecto, un banco de zapatero y multitud de zapatos por arreglar.



MARGARITA LO MIRÓ, MUY EXTRAÑADA DE
AQUELLA AVENTURA.

—Me dedico a hacer y reparar calzado—dijo el zapatero.—Desde luego, para las hadas y no para los niños. Pero puedo quitar el clavo de tu zapato.

—Pero, ¿cómo?—preguntó la niña.—¡Si mi zapato es tan grande como todo el banco!

—¡Oh, eso es fácil!—contestó el zapatero.

Inmediatamente empezó a canturrear unas extrañas palabras y el zapato empezó a disminuir de tamaño, hasta que fué tan pequeño como los demás que había en el taller. Entonces el zapatero lo puso en la horma, golpeó con el martillo y aplastó perfectamente la punta del clavo. Hecho esto volvió a entonar una extraña canción y el zapato recobró su tamaño.

—¡Oh, qué bien!—exclamó la niña.—¿Qué puedo hacer en su obsequio?

—Pues, mira; podías decirme cómo se llama eso que lleva la muñeca para ampararse del sol.

—Una sombrilla—contestó Margarita.—Sirve para defenderse del sol.

—Pues tendré que comprarme una—contestó el zapatero.—Cuando me siento al sol, acabo por enfermar. Cualquiera día me dará una insolación.

—Si es así, le regalo esta sombrilla—dijo la niña, quitándosela a su muñeca.—No tenga reparo en aceptarla, porque en casa hay dos más. Le ruego que la acepte.

Por fin, el zapatero consintió y en cuanto la tuvo en sus manos, empezó a entonar una extraña canción, gracias a la cual la sombrilla adquirió un tamaño considerable y más que suficiente para defender del sol al zapatero, cuando estuviese entregado a su labor.

—Muchísimas gracias, querida niña. Eres muy bondadosa. Y, desde luego, si alguna vez necesitas zapatos para tus muñecas, acuérdate de mí.

Luego, los dos se despidieron con mucho afecto^e, y en adelante, la niña encargó a aquel diminuto zapatero todo el calzado de sus muñecas, que, de este modo^{gre} eran elegantísimas, con grande envidia de todas las amiguitas de la niña.

Pero ésta se guardó el secreto y espero que vosotros tampoco lo divulgaréis.

EL GIGANTE FORZUDO

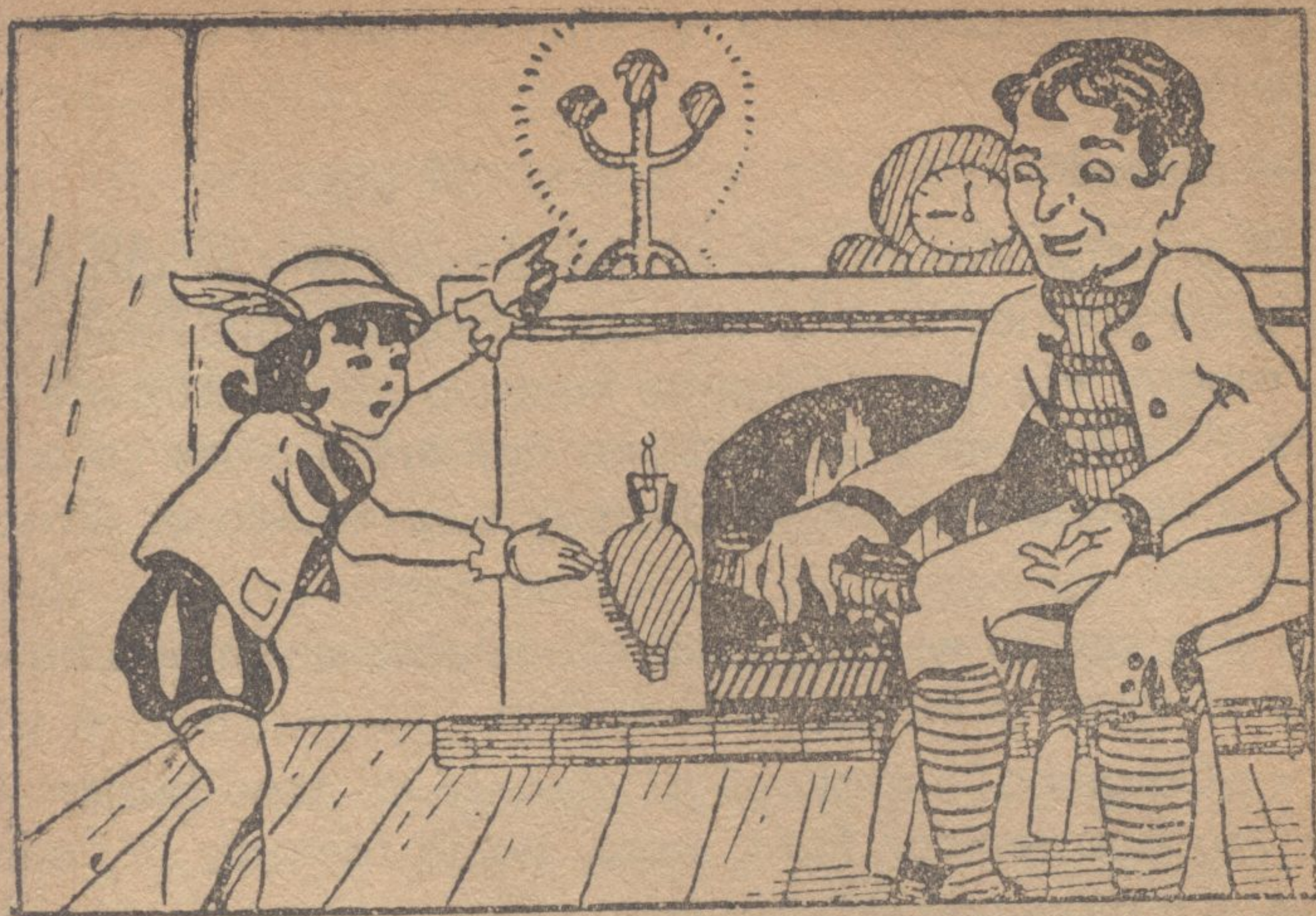
En el comedor de la Reina de las Hadas, había sobre la repisa de la chimenea un candelabro de oro. En otro tiempo había dos, pero el otro había sido robado.

—¿Cómo va a saber dónde ha ido a parar—dijo un día la Reina.—Un solo candelabro hace muy mal efecto.

—He oído decir que lo posee el gigante Forzudo—contestó el Rey, interrumpiendo la lectura de su periódico.—Se dice que su criado Peto pasaba por aquí, una mañana, y al ver los dos candelabros, franqueó la ventana de un salto y se apoderó de uno. Luego lo llevó a su amo, que, desde entonces, lo tiene sobre la chimenea.

—Pues no comprendo cómo no se lo has hecho devolver—observó la Reina, extrañada.

—El gigante Forzudo es demasiado poderoso y no es posible despertar su irritación—contestó el Rey.—Creo



—HE VENIDO EN BUSCA DEL CANDELABRO DE MI MADRE—DIJO ALEGRE.

que nadie se atrevería a eso, ni aun a cambio de cien candelabros.

Dió la casualidad de que el príncipe Alegre estaba sentado en el suelo y examinando las láminas de un libro. Al oír aquel diálogo se puso en pie de un salto, y exclamó:

—Yo iré en busca de ese candelabro para ti, mamá.

Su madre, entusiasmada, le dió un beso y él, entonces, echó a correr, salió de palacio y, montando su caballito, salió al galope.

El castillo del gigante estaba muy lejano, de modo que el príncipe llegó allí ya anochecido. A pesar de la obscuridad, pudo divisar la mole del gran edificio y se dirigió hacia la puerta principal, cuyos escalones subió

rápidamente. Luego hizo restallar su fusta y se abrió la puerta.

—Entrad—dijo Peto, el criado del gigante.

El príncipe Alegre penetró en el castillo y se dirigió a la gran cocina. Con la mirada buscó el candelabro de su madre. Vió que el Gigante Forzudo estaba sentado en una silla enorme y ocupado en dar brillo a los botones de su chaqueta. Y se quedó muy sorprendido al divisar a Alegre.

—He venido en busca del candelabro de mi madre—dijo el joven príncipe, señalándolo.

—¡Caramba!—exclamó el gigante en tono burlón.—¿A eso has venido? Pues, mira, no lo tomarás. Y, además, me propongo cebarte para que me sirvas de comida el domingo próximo.

—Y yo no te permitiré tal cosa—contestó Alegre con el mayor atrevimiento, a pesar de que su corazón latía de miedo.—Veo que ignoras cuán fuerte soy. Por lo tanto, ten cuidado de que no te tumbe de un puñetazo.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! —exclamó el gigante, riéndose.—¿Quién oyó nunca semejante cosa? ¿Crees que un muñeco como tú puede resistir, siquiera, la fuerza de uno de mis dedos? Mas, espera. Si te figuras ser más fuerte que yo, te daré la oportunidad de demostrarlo.

—Cuando quieras—contestó Alegre.

—Si me vences, te llevarás el candelabro—añadió el gigante,—pero, si yo te gano, te comeré el domingo próximo. Ahora no hay luz para hacer nada. Pero mañana por la mañana veremos lo que pasa.

—Prepararé una cama para el príncipe—dijo Peto,

mientras extendía un colchón en el suelo y lo cubría con un par de mantas.

Tanto el colchón como estas últimas eran enormes, de modo que apenas se veía al príncipe cuando se acostó. Pero se durmió en seguida y no se despertó hasta el día siguiente.

Entonces oyó que el gigante hablaba con su criado.

—Haremos dos pruebas—dijo Forzudo.—Primero a ver quién es capaz de extraer más agua de una piedra estrujándola con la mano. Y luego a ver quién la arrojará a mayor distancia.

Al oír esto, Alegre abandonó la cama y salió del castillo. Se dirigió a un naranjo y arrancó una naranja verde que se metió en el bolsillo. Luego llamó a un gorrión.

—Métete durante un rato en mi caliente bolsillo—le rogó.

El gorrión consintió y después de saltar a la mano del príncipe, permitió que éste lo metiese con cuidado en su bolsillo.

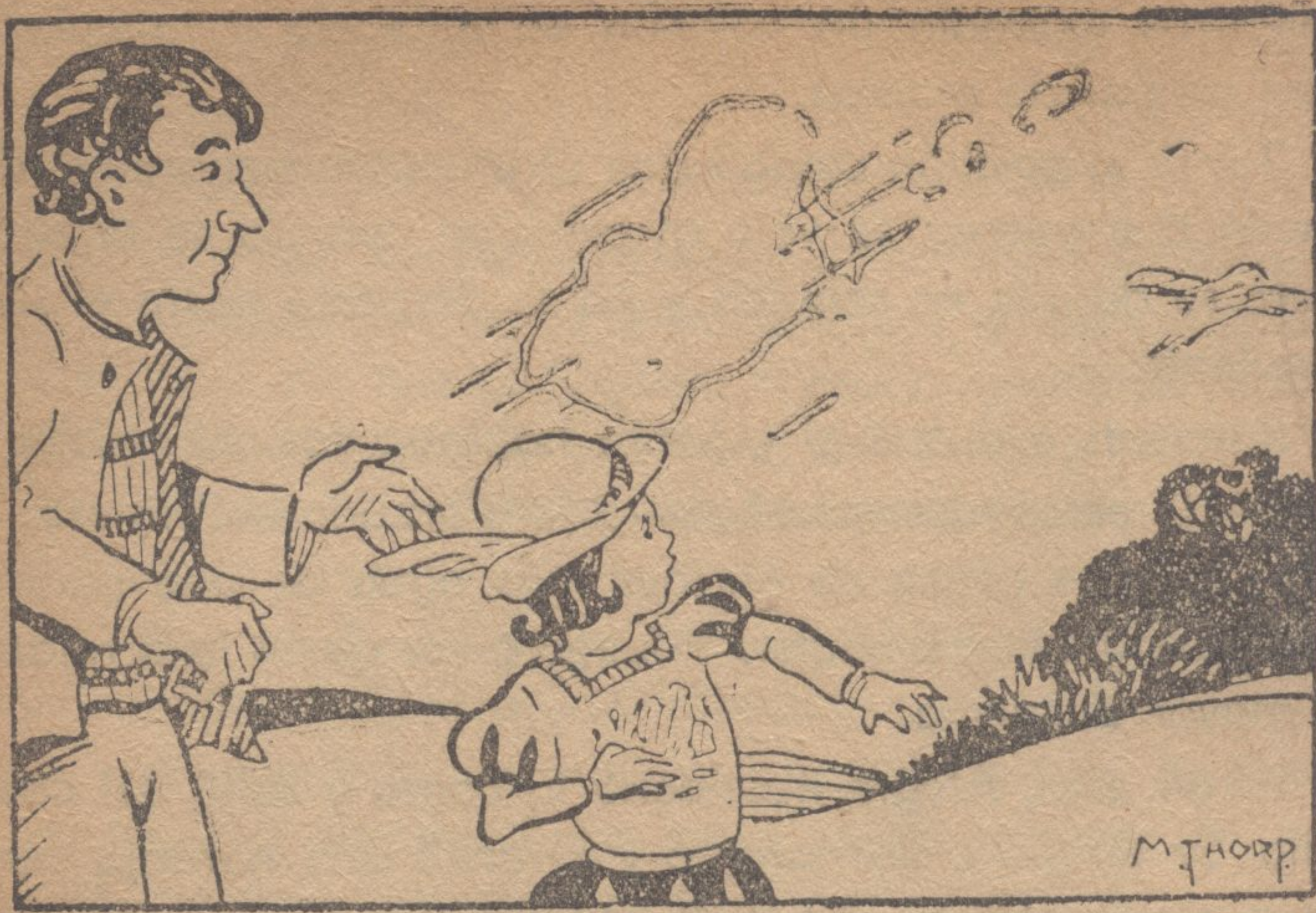
Precisamente entonces salía el gigantesco Forzudo y llamó al principillo.

—Vamos a desayunar — replicó con tonante voz. — Luego probaremos nuestra respectiva fuerza.

Alegre comió copiosamente y lo mismo hizo el gigante. Luego salieron al campo.

—Ahora—dijo el gigante, sonriendo—sacaremos agua de una piedra, estrujándola entre los dedos. Yo empiezo.

Tomó una piedra de considerable tamaño y empezó a estrujarla entre sus poderosos dedos. Y tal era su fuer-



ARROJÓ CON GRAN FUERZA EL GORRIÓN.

za, que de ella saltaron unas gotitas de agua que fueron a parar al suelo.

—Bueno—dijo el gigante complacido.—Ahora tú.

Alegre fingió que cogía una piedra; pero, al inclinarse, sacó la naranja verde del bolsillo. La tomó en sus manos y la estrujó. Salió un pequeño chorro de líquido amarillo y el gigante, al verlo, profirió una exclamación de asombro y de rabia a la vez.

—Es muy fácil—dijo Alegre.—No comprendo cómo solamente has podido sacar unas gotitas de agua de tu piedra.

El gigante dió un gruñido de cólera y cogió una piedra redondeada.

—Voy a tirarla a lo lejos. Veremos la distancia que alcance y luego probarás tú.

La arrojó al aire y Alegre se maravilló al ver la altura y la distancia que alcanzaba. Por lo menos cayó a media legua más allá.

—Ahora prueba tú—dijo el gigante.

Alegre se inclinó una vez más, fingiendo que cogía una piedra, pero en realidad, sacó el gorrión de su bolsillo y luego lo lanzó al aire. El gorrión se alejó, disminuyó rápidamente de tamaño, hasta que, por fin, se perdió de vista.

—Tu piedra habrá ido a caer tan lejos, que ni siquiera me imagino adónde caerá—dijo maravillado el gigante al príncipe Alegre.—Debes de ser muy fuerte.

—Sí—contestó el principito.—Y si hubieras intentado comerme el domingo, te hubiera cogido por el cabello para arrojarte al mar, que está a una legua de distancia. Ten, pues, mucho cuidado y no me irrites. Ahora vamos al castillo y me devolverás el candelabro.

Una vez allí, el gigante levantó el candelabro de oro.

—Ve a cargarlo en mi caballo—ordenó el príncipe, seguro de que el candelabro pesaba demasiado para él. Y en cuanto el gigante hubo obedecido, el príncipe añadió:

—Ahora, adiós y procura no robar nunca más cosa alguna. En caso contrario, vendré a darte una verdadera paliza. Mira.

Levantó la fusta y el gigante retrocedió asustado, ante la probabilidad de que Alegre le pudiese dar un trallazo. Al retroceder tropezó con su criado Peto y ambos cayeron, rodando, al suelo, en tanto que el príncipe se alejaba riéndose.

Al llegar a su palacio, los Reyes salieron a su encuentro. Y ya podéis imaginaros cuál fué su sorpresa al ver que volvía con el candelabro.

—Eres un valiente—dijeron, abrazándolo.—Te nombraremos capitán del ejército.

Así lo hicieron y no es posible describir cuán orgulloso estaba el príncipe de cabalgar al frente de los soldados del Rey.

FIN



Serie de obras de recreo, muy estimulantes y altamente educativas, que han sido seleccionadas entre las de los autores de mayor prestigio. Estas novelas forman la mejor biblioteca clásica de la juventud, y en ellas alternan los más emocionantes episodios con las verdades de orden natural y científico, reveladas a los adolescentes en forma amena y agradable.

TÍTULOS PUBLICADOS

- «La Isla Misteriosa», por Julio Verne.
- «Pedro Simple», por el Capitán Marryat.
- «El Perro Diabólico», por el Capitán Marryat.
- «Dos años de vacaciones», por Julio Verne.
- «20.000 leguas de viajes submarinos», por Julio Verne.
- «Los hijos del Capitán Grant», por Julio Verne.
- «Las tribulaciones de un chino en China», por Julio Verne.
- «Las Indias Negras», por Julio Verne.
- «Héctor Servadac», por Julio Verne.
- «Los naufragos del Pandora», por Mayne Reid.
- «La isla del tesoro», por R. L. Stevenson.
- «Las historias de Cabidoulin», por Julio Verne.
- «Robur el Conquistador», por Julio Verne.
- «La montaña de Oro», por Karl May.
- «La Estrella del Sur», por Julio Verne.
- «Dueño del Mundo», por Julio Verne.
- «El pueblo aéreo», por Julio Verne.
- «La venganza del caudillo», por Karl May.

Precio de cada volumen

En Rústica: \$ 0.70

En Cartoné: \$ 1.—

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES